

SENTIDO COMÚN Y FILOSOFÍA

FRANCO ALIRIO VERGARA M.*

RESUMEN

Habitualmente, la filosofía aparece ante el sentido común como un saber extraño e, incluso, opuesto. Esta percepción hace que uno y otra reaccionen dogmáticamente para proclamar o para conciliar diferencias, de tal modo que la filosofía siempre resulta perdedora ante el sentido común ya sea porque éste puede existir sin ella, o porque declina su saber ante el sentido común. Ciertamente la filosofía no puede ni evitar ni disminuir el conflicto. Debe *realizarlo*. Para ello debe poner en juego su impulso originario: el saber que es para ella, ante todo, *tarea*. Es en la tarea de saber y no en un saber donde se enfrenta a otro, donde se experimenta y resuelve el conflicto. Más que un sabio, el filósofo es ante el sentido común un hábil experimentador del saber capaz de soportar el dolor y la desesperación que la tarea de saber implica.

* Universidad Javeriana

Porque Zeus puso a los mortales en el camino del saber, cuando estableció con fuerza de ley que se adquiriera la sabiduría con el sufrimiento.

Esquilo

Desde los orígenes mismos de aquella ocupación que conocemos con el nombre de filosofía, ésta ha tenido que diferenciarse de otras ocupaciones y al mismo tiempo justificar su peculiaridad. Ya ante sus contemporáneos, los denominados primeros filósofos aparecieron como portadores de un tipo especial de sabiduría que no sólo les resultaba extraña sino hostil: recuerdénse las anécdotas que sobre Tales, Jenófanes, Heráclito, etc., nos han sido transmitidas. En el origen de la filosofía, para recordar una de las sentencias de Heráclito, parece hallarse la guerra (*polemos*). Si el origen nos revelara la naturaleza de las cosas tendríamos que admitir que la filosofía es esencialmente polémica. Y, contrariamente a lo que podría esperarse de aquel intento de instalar la filosofía en las ciudades que la tradición atribuye a Sócrates, en muy poco contribuyó al alivio del conflicto o tan siquiera a cambiar la imagen de ocupación esotérica¹ que ya poseía la filosofía. De nada sirvió la defensa del carácter público y cotidiano de su ocupación.² Por el contrario, chocó, al parecer, con las costumbres de sus conciudadanos. El desenlace es conocido. Se le reprochó su ocupación, la cual no dudó en defender, y su saber, que en cambio negaba.

En toda época y lugar éste ha sido el sino que ha perseguido a la filosofía, al punto que la determinación de su naturaleza, su carácter y sus límites se establecen, frecuentemente por sus relaciones con el cúmulo de creencias, prejuicios o costumbres que circulan en las diversas épocas históricas, en suma por sus relaciones con el denominado, de un modo general, sentido común³. Y esta relación, en la mayoría de los casos no sólo se muestra como de diferencia sino de oposición, si bien la oposición no es la misma en todos los casos. Por lo anterior no sólo resulta interesante sino necesario analizar cómo se vive el conflicto.

Estamos lejos de considerar que el sentido común sea el mismo en todas las épocas históricas y por tanto de imaginar un único modo de tematización. Sentido común para los filósofos no siempre significa lo

1 Cfr. ARISTOFANES: *Las nubes*, varias ediciones.

2 PLATÓN: *Apología de Sócrates*, 28bs. y 38c ss.

3 Cfr. FINK, Eugen: "¿Qué se propone la Fenomenología de Husserl?", en *Diálogos*,

Puerto Rico, año XXV, número 56, julio de 1990, pp. 167-172.

mismo, depende en gran parte de su opción filosófica. A lo que nos referiremos no será tanto a qué sea el sentido común, cuanto a las posiciones que frente a la diferencia y a la oposición se asumen de una y otra parte. Es decir, al modo como el sentido común y la filosofía experimentan su oposición y a las reacciones que asumen de un modo inmediato.

I

El comportamiento usual del sentido común consiste en llevar el saber filosófico a su propio terreno y, como saber natural que es, es decir saber que ya se tiene, saber que no realiza el esfuerzo de saber, procura explicarse, o más bien vivir la oposición no como una oposición sino como una simple diferencia al interior de sí mismo, convierte el saber filosófico en especie suya. Expliquémonos. A primera vista, el sentido común se nos muestra como aquel conjunto de actitudes y creencias compartidas por los hombres y que se integran en una unidad. Como saber se atiene al sentir, a lo que inmediatamente se le aparece. Pero ese percibir, en la práctica, depende de quien lo percibe, para resumirlo con una fórmula del *Teeteto*, "las cosas son para cada uno tal y como cada uno las percibe" ⁴. Esta ambigüedad natural del sentido común nos la revelan sus defensores cuando, para comprobar la verdad de sus creencias apelan al hecho de que como individuos singulares las hallan en sí mismos, al hecho de ser propias. Digamos que por una parte el sentido común es eso: común pero por otra, el comportamiento práctico de los hombres muestra de forma inmediata la diferencia. En nuestra época no es difícil de entender, pues es la época en que la opinión propia es sagrada y el signo del carácter propio de la opinión parece ser la particularidad, si bien esa particularidad es respetada. Este carácter respetable de la opinión indica cuán inofensiva es por sí misma, cuán poco altera lo común. Las diferencias con el saber filosófico se explican también de ese modo, como diferencias de opinión y ello pone la filosofía al alcance de todos. En la misma filosofía hay argumentos que facilitan esa opinión, mencionemos dos muy frecuentes: por un lado la filosofía justifica su necesidad en la tendencia natural de los hombres a saber; y por otro aduce que lo propio de su actitud consiste en moverse en el terreno del pensamiento libre.

⁴ PLATON: *Teeteto*, 152c.

De acuerdo con lo primero, por el hecho de ser pensantes todos podemos ser filósofos, o mejor cada uno es filósofo porque, como tendencia natural, la filosofía es inevitable y cada uno tiene su filosofía, pues de hecho notamos que tenemos diferentes opiniones sobre las cosas. Así la filosofía resulta ocupación menos digna que la zapatería, pues al decir de Hegel

(...) nadie duda de que para hacer un par de zapatos es preciso haber aprendido y ejercitado el oficio de zapatero, aun cuando cada uno de nosotros tenga la medida de su zapato en su propio pie, y tenga manos y con ello la habilitación natural para dicho oficio. Sólo para filosofar no se necesitará ni estudio ni aprendizaje ni trabajo."⁵

Puesta así la cosa, podemos preguntarnos por qué reclama para sí la filosofía un estatuto propio y se adivina la respuesta.

De acuerdo con la segunda afirmación, la filosofía se mueve en el terreno del pensamiento libre. ¿Qué más puede repugnar al pensamiento libre que coartar la libertad de opinión? En filosofía cada uno puede opinar sin derecho a rechazar la opinión o menospreciarla en nombre de la verdad. La verdad que juzga y rechaza mi opinión no es más que una opinión dogmática la cual, despóticamente se opone a las demás. En verdad, nada justifica la superioridad del filósofo. Sólo lo diferencia la vanidad con la que quiere levantarse, inútilmente, sobre los demás. Esa vanidad le hace tratar el saber común como erróneo, falso o como ignorancia. Al ser reducida la filosofía a una especie de vanidad el remedio es fácil: desconocer a quien no puede apearse de su engreimiento. A favor de la superioridad de la filosofía nada puede alegar la sutileza del filósofo. Tal sutileza no es más que la sofisticación de la opinión. Ahora bien si el filósofo trata de oponer su saber al que dogmáticamente llama no-saber, este no-saber vindica y sobre todo hace efectivo su saber pues no es algo abstracto, algo separado de la vida; más que saber es inmediatamente acción, hacer, frente a lo cual, el filósofo se muestra poco hábil, es decir poco sabio.

Por eso cuando en los estudios profesionales, estudios para la vida, la autoridad de la academia impone los estudios filosóficos, su presencia se soporta como uno de aquellos mandatos que se acatan pero no se cumplen. Para evitarse el castigo de la academia se procura aprender los hábitos, los usos, las frases recurrentes en la opinión del filósofo. Se trata de no ofender el gusto particular del que imparte el

⁵ HEGEL, G.W.F.: *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas* § 5, México, Editorial Porrúa, 1977.

saber filosófico. El filósofo se encarga de reforzar esta imagen cuando muestra el saber filosófico como una galería de opiniones, en medio de las cuales, él defiende una de ellas.

Quizá pueda concebirse una relación más amistosa con la filosofía: la que proviene de un supuesto interés por el saber y se dedica a tener "conocimiento" de opiniones, las cuales son abundantes en filosofía. Pero ya puede ver fácilmente el filósofo el carácter accidental de la amistad de semejante coleccionista y, así mismo la conveniencia de rechazar tales amigos de la filosofía.

II

Si el saber filosófico quiere mantener su peculiaridad no tiene, al parecer, más alternativa que proclamar su diferencia ante el sentido común. Desprecia las opiniones y ocupaciones ordinarias y se dedica a su propia actividad. Con esta actitud la filosofía no hace más que reforzar la imagen anterior pues queda como un saber al lado de otro.⁶ Pero si la filosofía es verdadero saber, y siendo la ocupación del filósofo la de saber, ¿cómo se explica la existencia del no-saber o del saber aparente? Así, mientras el sentido común puede ser indiferente a las cuestiones filosóficas, la filosofía no puede hacer lo mismo con la existencia del sentido común. ¿Porque qué saber tan verdadero, tan real y vivo es aquél que se presenta como extraño, que se demuestra impotente y que reclama sólo la ocupación de unos cuantos. Además, si somos hombres y no dioses no tienen los filósofos, por lo menos en un comienzo un parentesco con los demás hombre?, es decir ¿no participan por lo menos en un comienzo del sentido común?. ¿En otras palabras, cómo se explica en el filósofo mismo tal diferencia o inversión, y en últimas por qué se vive como opuestos?. La cuestión del sentido común realmente se convierte, de este modo en algo interior al espíritu filosófico.

Si sostenemos la oposición y reconocemos que el saber inmediato es inseguro, quizá la tarea del filósofo consista en llevar ese saber al terreno de la ciencia. Para ello la llamada conciencia natural tendría que dejar a un lado, poner entre paréntesis, su saber; pero puede colegirse, sin esfuerzo, que para hacerlo tendría que ejercerse violencia, pues al ser el sentido común saber habitual, es naturaleza por decirlo así. Si queremos acceder inmediatamente al verdadero saber no podremos

⁶ Cfr. HEGEL, G.W.F.: *Fenomenología del Espíritu*, México, F.C.E., 1966, pp.53-54.

hacerlo sin dolor. Ya desde el punto de vista del sentimiento, esta innecesaria violencia que causan las complicaciones y los problemas filosóficos muestra cuán extraño es aquel supuesto saber. En verdad debería poder acogerse, tenerse ante sí, ser familiar. El mismo sentimiento nos libra fácilmente de aquel esfuerzo, pues basta parpadear, volver la mirada hacia abajo, hacia la vida cotidiana, para desprendemos de tales embrollos y saborear la paz en un mundo de nuevo recobrado. Así el sentido común se burla fácilmente de las preocupaciones filosóficas.

III

Quizás haya que conciliar la oposición entre el sentido común y la filosofía. Esta tarea le corresponde al filósofo, pues el sentido común nada quiere ver con problemas filosóficos pues ni puede ni tiene por que comprenderlos. Entonces para mostrar cuán próxima al mundo es la filosofía se vierte su saber en el idioma del sentido común, se utilizan ilustraciones de los complicados conceptos filosóficos, ayudas audiovisuales que conmueven el ánimo y lo conforten. Sin embargo en muchos casos esto implica una renuncia al saber filosófico: recordando la famosa imagen del Gorgias ⁷ sería tanto como si el médico, para evitar la resistencia de los niños al tratamiento, sea asesorara del pastelero y suministra los medicamentos disfrazados de golosinas. Tal vez en el caso del médico se logre el objetivo, pero en el caso de los conceptos filosóficos. ¿Qué saber es aquél que resulta siendo ignorado por quien precisamente tenía que saberlo, ya que la filosofía no produciría sus propios efectos al quedar disfrazada de sentido común? Así los famosos errores y prejuicios del sentido común no hacen más que reforzarse.

Pero no sólo existe un terco y reticente sentido común sino también un sano sentido común: aquél que sabe que puede caer en el error. Probablemente se trate de corregir o evitar sus errores, de dispensarle una especie de anteojos que le permitan conducirse adecuadamente y no caer en el resbaladizo mundo del saber. La filosofía se convierte en un dispensario de teorías del conocimiento, de metodologías, que sin embargo no resultan exentas de caer en el dogmatismo ya que terminan excluyendo los objetos o verdades que no caen en su medida. Resulta

7 PLATON: *Gorgias*, 464b - 465e.

así que las teorías del conocimiento no son instrumentos inofensivos, puras formalidades, sino saber real, contenido que opone y excluye.

Ahora bien, en el proceso del saber filosófico ya se ha visto que muchas de las verdades del mismo coinciden con las afirmaciones del sentido común. Tal vez se trate de encontrar y mostrar esas coincidencias: lo que se ha denominado el hallazgo de la racionalidad de la vida cotidiana. Sin embargo el intento resulta superfluo para los fines del saber común, ya que si se ha conducido racionalmente, tal hallazgo indica también que no tiene necesidad para ser racional de que vengan a decirlo. La pretendida defensa del sentido común por parte de los filósofos, así como su ataque, resulta tan provinciana como las disputas específicas entre los filósofos: funciona en el recinto cerrado de la filosofía. Los filósofos entran respecto del sentido común en tales sutilezas, que habría que ver si el sentido común es capaz de seguirlos para aprobarlos. Las defensas del sentido común han servido en realidad para purificar a los filósofos de su vanidad con él, para atacar su sentimiento aristocrático y estimular así una democracia del saber. Ahora bien, el sentido común, de hecho demócrata, poco gana con estos adherentes y lo que parece el más encomiable servicio a la democracia resulta afectando sólo a un pequeño número de sofisticados pensadores, a los cuales purifica de sus "delirios metafísicos". Ya Kant tuvo ante sí semejante espectáculo cuando nos dice:

"A pesar de esta modificación en el campo de las ciencias y de la pérdida que la razón especulativa ha de soportar en sus hasta ahora pretendidos dominios, queda en el mismo ventajoso estado en que estuvo siempre todo lo referente a los intereses humanos en general y a la utilidad que el mundo extrajo hasta hoy de la enseñanza de la razón. La pérdida sólo afecta al *monopolio de las escuelas* no a los *intereses de los hombres*."⁸

Si ya resulta superfluo decir verdades, y molesto y contrario a la corriente de la vida el contradecirlas, más innecesario resulta que la filosofía se ponga a resolver los problemas del sentido común, los cuales, en definitiva, son prácticos y no teóricos. El mundo, los hombres no necesitan de la filosofía para poder vivir. Además, el filósofo siempre llega tarde, pues a la velocidad del mundo no alcanza

⁸ KANT, Immanuel: *Crítica de la Razón Pura*, Prólogo a la segunda edición, Madrid, Editorial Alfaguara, p.28

⁹ HEGEL, G.W.F.: *Filosofía del Derecho*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, p.54.

la paciencia del pensador. O si quiere resolver esos problemas tiene que pensarlos, convertirlos en datos, en cosas del pasado. No sobra en este respecto traer a colación las famosas palabras de Hegel:

"Para decir una palabra sobre el *enseñar* cómo debe ser el mundo, la filosofía siempre llega demasiado tarde para ella. En cuanto *pensamiento* del mundo ella sólo aparece en el tiempo después que la realidad ha terminado su proceso de formación... cuando la filosofía pinta su gris sobre el gris entonces ha envejecido una configuración y no se deja rejuvenecer con gris sobre gris, sino sólo conocer. Sólo cuando irrumpe el ocaso inicia su vuelo el buho de Minerva."⁹

IV

Si el relato de las anteriores experiencias ha persuadido suficientemente, se concluye que en ningún caso la filosofía puede evitar la formación de aquellas imágenes que sobre ella se hace el sentido común, así como tampoco puede evitar el conflicto y sólo puede evitarlo o suavizar la diferencia a condición de perder su identidad. Más aún puesto que el filósofo, como hombre, parte del sentido común, lo halla en sí mismo, no tiene más remedio que contar con él, tratarlo, y así ocuparse del mencionado conflicto. En otras palabras, no sólo hay que enunciar la diferencia y en nombre de ella proclamar la oposición sino *realizar* la diferencia, darle curso al conflicto. Y ¿cómo habrá que hacerlo? Quizá podamos apoyarnos, para responder esta cuestión en aquella concepción del saber que nos fue legada desde el origen mismo de la filosofía: saber es ante todo una **tarea**. La filosofía es precisamente la actividad que se encarga de la tarea de saber, de experimentar el saber. O lo que es lo mismo, la filosofía hace del saber su praxis. Si el saber es algo real y no sólo una actividad formal, se trata no simplemente -para emplear de nuevo palabras del *Teeteto*- de poseerlo sino de tenerlo efectivamente y ello, valga la redundancia, no puede hacerse sin experimentarlo, sin hacer el esfuerzo de saber.¹⁰

Lo anterior nos muestra la originaria diferencia entre lo que se denomina sentido común, saber natural, y filosofía: en verdad, la actitud negativa del "saber común" ante el "saber filosófico" radica esencialmente en la negativa a emprender el esfuerzo de saber. Ahora

¹⁰ PLATON: *Teeteto*, 197b-198d.

bien, aquella caracterización, aparentemente simple, de la filosofía guarda algunas implicaciones importantes. En primer lugar, el filósofo no es realmente sabio, no tiene un saber, tiene la *tarea* de saber; por ello es inconsecuente consigo mismo cuando opone su pretendido "saber" al saber de los otros, pues no tiene realmente qué ofrecer. Más insensato se nos revela si opone su "saber" al no-saber del sentido común, porque si tiene la tarea de saber es verdaderamente un necesitado de saber. El no-saber se halla más del lado del filósofo que del sentido común, pues no solamente no sabe, sino que sabe eso. ¿Con qué cuenta entonces el filósofo? Ciertamente, no puede ser con el saber sino con el amor por el saber, con la pasión del sabio y por ello, busca y experimenta el saber donde le parece hallarlo para confirmarlo. De ahí que el espíritu filosófico no puede concebirse como un espíritu crítico, y esta es la segunda implicación, cuando por tal se entiende un deseo de contradecir el saber de alguien. Es en el ejercicio de ese deseo de afirmación, de reconocimiento de un determinado saber, cuando la actividad filosófica aparece como la obra de un contradictor. No es, ciertamente, porque la contradicción sea el primitivo interés del filósofo sino porque al examinarse un saber, muestra su inconsistencia y la sensación que experimentamos inmediatamente es que hemos perdido ante un fuerte opositor, el cual, supuestamente, tiene el saber de aquello en lo que se mostró esa debilidad. Recuérdese la vehemencia de Sócrates para afirmar que no necesariamente el que "refuta" es más sabio respecto de aquello que refuta.¹¹ Constantemente el filósofo tiene que luchar contra esa apariencia.

A lo anterior, puede hacerse una pregunta: ¿qué va a pasar entonces con el saber filosófico, con aquel saber milenario que se halla en los grandes textos de los filósofos de todas las épocas? Ese "saber" no es real si no se experimenta, si no se construye por decirlo así, y sobre todo si se superpone a la búsqueda del saber, creando la ilusión de un saber definitivo. En manos de un filósofo, el saber de los filósofos se nos aparece como una suerte de encantamientos que utiliza para desarrollar el problema de que se ocupa. Sócrates lo expresa así en el *Teeteto*:

"Ahora bien, yo ejerzo sobre ti el arte de partear y es por esto por lo que profiero encantamientos y te ofrezco lo que te brindan todos y cada uno de los sabios, hasta que consiga con tu ayuda sacar a luz tu propia doctrina."¹²

¹¹ Cfr. PLATON: *Apología de Sócrates*, 23a-24a

¹² PLATON: *Teeteto*, 157c-d.

El irrespeto a los filósofos consiste, precisamente, en no ponerlos a prueba, en no experimentar el saber que guardan, en nombre de una pretendida fidelidad o posición filosófica. Pero no es por tener una posición filosófica por la que somos filósofos, sino porque, siendo filósofos, hemos hallado en ellos habilidosos guías en la búsqueda del saber. Ante esto puede decirse entonces, que la misión de la filosofía es -para emplear una expresión hegeliana-suprimirse así misma en virtud de la experiencia del saber o de los problemas que en su tarea se le presentan; ésta es la tercera implicación. De lo contrario, se convierte en aquel propagandista de opiniones que fácilmente neutraliza el sentido común. Por ello tampoco puede erigirse en un defensor de éste último.

Al llegar a este punto podemos tener una sensación de vacío: si el filósofo no tiene un saber, ¿en qué puede basar su mérito? En la pericia para soportar en sí mismo y con los otros la experiencia de saber. Es decir en no cejar en su empeño por saber y en no evitar los rodeos que tal tarea conlleva y, sobre todo, en no sucumbir al dolor y a la desesperación que se experimenta en tal empresa. La explicación de aquella diferencia y oposición entre el sentido común y la filosofía se halla al interior de esta experiencia del saber. La mencionada oposición es real en el sentido de que es el modo como se percibe frente a la actitud natural ante el saber, el esfuerzo mismo del saber, pero también es cierto que se resuelve si nos mantenemos en ese esfuerzo del saber.

Mantenerse en el esfuerzo resulta una tarea dispendiosa y lenta. Para ello debemos convertir en cualidad aquella imagen de ocioso inútil con que necesariamente aparece, ante el sentido común el filósofo: puesto que el mundo puede existir sin filósofos, el filósofo no necesita vivir preso del tiempo, de las urgencias cotidianas, puede comportarse como un hombre libre y no ahorrar el esfuerzo de pensar.¹³ Así se libra él mismo de su propia apariencia, la de sabio, que si bien es natural, de no romperse, amenaza su propia integridad y lo hace caer en las "trampas" del sentido común.

13 *Ibidem* : 172d-174a.